



EscriVid ²⁰/₂₀

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s).

AUTORIDADES FFyH-UNC

DECANA

Lic. Flavia Andrea DEZZUTTO

SECRETARÍA ACADÉMICA

Secretaria: Lic. Vanesa Viviana LÓPEZ
Subsecretaria: Lic. María Luisa GONZÁLEZ

SECRETARÍA DE COORDINACIÓN GENERAL

Secretario: Prof. Leandro Hernán INCHAUSPE

SECRETARÍA DE ADMINISTRACIÓN

Secretaria: Cra. Graciela del Carmen DURAND PAULI

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN

Secretario: Dr. José María BOMPADRE
Subsecretaria: Prof. Virginia CARRANZA

SECRETARÍA DE POSGRADO

Secretario: Dr. Andrés Sebastián MUÑOZ
Subsecretaria: Dra. María Laura FREYRE

SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN, CIENCIA Y TÉCNICA

Secretaria: Dra. Carolina ÁLVAREZ ÁVILA

SECRETARÍA DE ASUNTOS ESTUDIANTILES

Secretaria: Lic. María MARTÍNEZ
Subsecretaria: Dra. María Eugenia GAY

PROSECRETARÍA DE RELACIONES INTERNACIONALES E INTERINSTITUCIONALES

Prosecretario: Dr. Guillermo Javier VÁZQUEZ

OFICINA DE GRADUADOS

Coordinadora: Lic. Carolina RUSCA

ÁREA DE PUBLICACIONES

Coordinadora: Dra. Candelaria DE OLMOS

PROGRAMA DE DERECHOS HUMANOS

Coordinador: Dr. César Diego MARCHESINO

**PROGRAMA GÉNERO, SEXUALIDADES Y
EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL**

Coordinador: Lic. Carlos Javier LÓPEZ

ÁREA DE CULTURA

Coordinador: Dr. Claudio Fernando DÍAZ

SECRETARIA PRIVADA DEL DECANATO

Prof. Ramiro PEREZ

PROGRAMA UNIVERSITARIO EN LA CÁRCEL

Coordinadora: Lic. Flavia Romero



Cercanía y acercamiento en la distancia

Reflexiones sobre el reencuentro en las aulas

Ana Belén Hwang*

Introducción

A la fecha, septiembre de 2020, nos seguimos preguntando cuándo y cómo será el regreso a clases. Las cifras de contagios que bajan y suben siguen poniendo en pausa la vuelta a las aulas que tanto nos inquietan. Mientras tanto y entre medio de esta incertidumbre, ya se han hecho públicos los protocolos a seguir. Estos, sin lugar a duda, atravesarán

* Egresada del Profesorado en Ciencias de la Educación y estudiante de la Licenciatura en Ciencias de la Educación (FFyH-UNC).



anabelenhwang@hotmail.com

los procesos de enseñanza y aprendizaje modificando las formas en las que se desarrollaban antes de la pandemia.

Si bien las medidas a implementar generan ciertas dudas y hasta críticas (ya sea por falta de insumos o condiciones edilicias en muchas instituciones), me pregunto en particular por una de ellas que no nos ha sido ajena durante todo este período: el distanciamiento. De acuerdo con la Resolución N° 364/2020 del Consejo Federal de Educación (CFE),¹ se recomienda un distanciamiento mínimo de dos metros dentro de las aulas. Se expresa, asimismo, que esta cifra puede reducirse hasta un metro y medio en caso de que se cumplan medidas adicionales como uso de alcohol en gel, lavado de manos, ventilación, uso de barbijo, entre otros.

Esta distancia genera cierta tensión en un ámbito en el que muchas veces es necesario el acercamiento físico. Al recordar nuestras propias experiencias como alumnos, no pocos tendremos la imagen de levantar la mano para llamar a la maestra al banco o simplemente acercarnos a donde está ella para resolver alguna duda. Quienes ejercen la docencia podrán traer a memoria esos brazos extendidos hacia arriba que los impulsaron a atravesar el aula para llegar finalmente al lado del estudiante que tenía una inquietud, pregunta o comentario.

¿Por qué acercarse? Cada uno tendrá sus razones: atender de manera individual y personalizada, no interrumpir lo que están haciendo los otros al levantar la voz o, quizás, simplemente porque sí. Sea cual fuere la razón, ese acto, por más simple y desapercibido que pueda haber pasado, fue lo que nos permitió continuar; es a partir de ese movimiento, de ese acercamiento, que continuamos enseñando, estudiando, aprendiendo. Fue lo que abrió nuevas puertas, preguntas, dudas, etc.

Entonces, ¿qué otro tipo de puentes hay que nos acerquen y cómo se construyen/los construimos? Aprendemos de los libros, de los cuadernos y las conversaciones; de lo escrito y de lo que se escribe, así como también de lo no dicho y lo que no se dice. Enseñamos con textos, con imágenes; con lo que decimos, hacemos y construimos. Enseñamos a otros, a estudiantes. Aprendemos de y junto con otros. Es en

¹ A partir de esta se aprueba el *Protocolo marco y lineamientos federales para el retorno a clases presenciales en la educación obligatoria y en los institutos superiores*.

la interacción, en la comunicación y el intercambio donde se desarrollan procesos de enseñanza y aprendizaje en los que nos vemos inmersos. Es en el vínculo donde compartimos experiencias, co-construimos conocimiento, negociamos significados que van dando sentido y resignifican aquello que damos y recibimos; a eso que nos constituye como sociedad y como sujetos. Es por esto que podemos decir que el acercamiento físico, importante y necesario en diversas ocasiones, no agota el amplio y complejo encuentro entre estudiantes y docentes.

Es a partir de aquí, que trato de imaginarme cómo será ese reencuentro *limitado* en cierto aspecto y me propongo reflexionar (e invitar a la reflexión) en torno a otros puentes que permitan saldar esa distancia y respetarla al mismo tiempo. ¿Cómo seguir garantizando la continuidad pedagógica en el regreso presencial a las aulas atravesadas por una nueva normalidad?

Interesa plantear qué otros medios de acercamiento existen o podemos construir para nuestro regreso a las escuelas. Sin intenciones de encontrar respuestas definitivas a la totalidad de interrogantes y tensiones que puedan surgir en torno al distanciamiento dentro del aula, propongo una acotada aproximación sobre distintas formas de comunicación que, a mi consideración, pueden actuar a modo de puntos de encuentro.

La palabra como punto de encuentro en el reencuentro distanciado

Es a partir de las interacciones que surgen los acercamientos. La necesidad de estos últimos, en el ámbito del aula, puede pensarse como parte de la construcción guiada del conocimiento a la que hace alusión Neil Mercer (1997). Es decir, las distintas estrategias o *técnicas* que despliegan los docentes para, entre otras cosas,

(...) ayudar a los alumnos a hacerse cargo de la importancia de los conocimientos que ya se han dado, para ayudarles a darse cuenta de lo que ya saben, enseñándoles las continuidades en sus experiencias (pasadas, presentes y futuras), y para presentarles los nuevos conociemien-

tos de una manera que les permita darles sentido a partir de lo que ya saben. (p. 45)

En este marco, el autor, desde una aproximación sociocultural y recuperando los aportes de Vygotsky, remarca el lenguaje en tanto medio para pensar y aprender de manera conjunta (Vygotsky, 1978, citado en Mercer, 1997). Son diversas las posibilidades y formas que el lenguaje habilita para revisar, reinterpretar las experiencias pasadas y usarlas como la base de nuevas conversaciones, actividades y futuros aprendizajes. Es decir, se presenta como un elemento primordial y constituyente de los intercambios e interacciones, de esa construcción guiada del conocimiento, ya sea por parte del docente hacia el estudiante, como entre pares en el marco de un aprendizaje cooperativo. De acuerdo al análisis de Mercer, es mediante el habla que se construyen procesos por los cuales un sujeto ayuda a otro en el desarrollo de sus conocimientos y comprensión. Particularmente, hace énfasis sobre el lugar de las conversaciones que se entablan entre docentes y estudiantes, y entre estos últimos; destaca el lugar del lenguaje en el desarrollo del pensamiento y los procesos educativos.

Del mismo modo, Cazden da cuenta de la importancia del lenguaje hablado en las aulas al recalcar su papel en la enseñanza y aprendizaje. De acuerdo con la autora, es a través del discurso hablado, que el docente, en diversas ocasiones, brinda el andamiaje necesario a los estudiantes. Mediante el diálogo, las discusiones e interacciones orales se produce un intercambio social que vehiculiza la construcción del conocimiento (Cazden, 1991, citado en Barretta, 2016).

En lo que aquí atañe, se podría decir que, entre otras cuestiones, la comunicación y el lenguaje dan lugar a y forman parte de los acercamientos necesarios entre los sujetos presentes en las aulas. Se constituyen como un punto de encuentro a la vez que posibilitan el desarrollo cognoscitivo y la transmisión y co-construcción de conocimiento. Cuando nos acercamos al docente, al estudiante o a nuestro compañero, conversamos, hablamos, preguntamos, respondemos. Son las palabras las que nos permiten entablar puentes para ir y venir hacia donde está el otro; el conocimiento y/o mensaje a transmitir se verbaliza en gran medida.

No obstante, cabe señalar que enseñamos y aprendemos más allá de lo que se dice y se escribe. Incluso, nos acercamos o distanciamos con lo que no decimos o no dejamos decir. Callamos, asentimos, nos movemos, y esto también dice mucho. Es aquí donde me detengo para intentar analizar con mayor profundidad esta imagen. Si lo que transmitimos y recibimos va más allá de las palabras, ¿de qué manera nos encontramos y acercamos *realmente*? Ampliar la mirada en estos aspectos, quizás minuciosos, permite (volver a) reconocer que, en esos procesos de interacción e intercambio, existen diversos modos de expresión y de encuentro que muchas veces pasan desapercibidos.

Si bien no es nuevo considerar que las palabras escritas y orales se valoran por sobre otros modos de comunicación en los procesos de escolarización, las tensiones que se generan en el encuentro de esta preponderancia, con el conjunto de los barbijos, máscaras de acetato y distanciamiento, abre la posibilidad de reflexionar sobre el lenguaje y la interacción en sentido más amplio. La Resolución del CFE antes mencionada recomienda el uso permanente de barbijo dentro del aula y, para los docentes, se suma el uso de máscaras faciales de acetato. Con todos estos elementos de por medio, ¿cómo se entabla la comunicación? No es que los barbijos y las máscaras faciales de acetato impidan por completo el habla, pero ¿cuántas veces hemos tratado de descifrar lo que el otro decía o tuvimos que repetir (o pedir que se vuelva a decir) lo que se dijo por no entender? Si hacemos memoria de las aulas antes de la pandemia y los docentes con varios estudiantes al mismo tiempo, no será difícil recordar las complicaciones que se presentaban al intentar escuchar y atender alumnos que, de a momentos, hablaban simultáneamente. ¿Qué ocurrirá entonces en el regreso a las escuelas, cuando los distintos elementos de protección se hagan presentes en las clases? Si ya era costoso en ciertas situaciones escuchar y entender al docente por encontrarse muy lejos o hablar muy bajo, cuánto más con su rostro cubierto con barbijo y máscara. Ante estos obstáculos para el intercambio verbal-oral y la pregunta sobre cómo hacer para acercarnos, ¿qué pasaría si fuéramos más allá del lenguaje verbal, más allá de las palabras en sus distintos modos de resonar?

Otros puentes: cuerpos, gestualidad y miradas

Se podría pensar que una de las salidas a los inconvenientes planteados es la palabra escrita, pero esta empieza a ponerse en duda cuando consideramos la simultaneidad e inmediatez de los encuentros e intercambios en las aulas. Si bien no dejará de ser un medio de comunicación válido plasmado en diversos soportes y formatos (digital o en papel) y con suma preponderancia en las escuelas, interesa aquí plantear alternativas sobre las cuales no se suelen abrir espacios de reflexión o registro en las instituciones educativas. Me refiero a la comunicación no verbal que se hace presente en los cuerpos, en los rostros, en las miradas. No se trata de presentarla como independiente de la comunicación verbal. Al contrario, la comunicación verbal y no verbal son sistemas complementarios y hasta interdependientes en ciertos aspectos; se trata de sistemas que no pueden separarse (Davis, 2010).

De acuerdo a la autora Flora Davis (2010), ambos están “estrechamente vinculados entre sí, ya que cuando dos seres humanos se encuentran cara a cara se comunican simultáneamente en varios niveles, consciente o inconscientemente, y emplean para ello todos los sentidos” (p. 8). Cabe aclarar, asimismo, que, en el presente escrito, la comunicación no verbal se entiende como: “(...) todos los acontecimientos de la comunicación humana que trascienden las palabras dichas o escritas” (Knapp, 1982, p. 41, citado en Shablico, 2012, p. 103). Es decir, entre otras cosas, dentro de este sistema se ven implicados nuestros cuerpos, gestos, miradas y los no movimientos. No es que este tipo de comunicación sea nueva en las instituciones escolares; no es que no estuvo presente desde antes de la pandemia. Sin embargo, no siempre tomamos conciencia de ella ni solemos darnos los espacios para considerar el potencial que tienen para mejorar las prácticas de enseñanza y los procesos de aprendizaje, y para seguir reflexionando en torno a ellos desde esta arista.

Es posible que la comunicación no verbal se haya contemplado muchas veces como parte del currículum oculto, como parte de aquellos mensajes implícitos y formativos que se transmiten en las instituciones escolares (Jackson, 1991). Las expresiones del cuerpo, la gestuali-

dad son aspectos que también se hacen presentes en la (re)estructuración de los contenidos; son transversales a los discursos docentes y a sus estrategias de enseñanza (más allá de la consciencia que pueda tenerse de ellos). Lo que se dice oralmente es reforzado o, a veces, hasta contradicho por lo que no se dice, construyendo así sentidos y significados diversos que se transmiten y tienen igual o mayor impacto en los trayectos formativos de los estudiantes que el currículum formal.

Si observamos con detenimiento una escena de un aula cualquiera, podremos percatarnos de que el docente, mientras enseña, no solo habla o escribe en el pizarrón. Sus expresiones faciales y la postura del cuerpo acompañan o no el contenido que se desarrolla; demuestra interés, comprensión o indiferencia sobre ese mensaje que transmite. Al mismo tiempo, su mirada recibe o rechaza lo que los estudiantes plantean, sus ceños fruncidos desapruueban o expresan duda, etc. Del mismo modo, los estudiantes también se expresan de diversas maneras replanteando y negociando significados diversos dentro de las aulas. Sus no miradas reconocen o desconocen al docente y/o sus compañeros; sus rostros y gestos reflejan comprensión, duda, pregunta o desacuerdo.

En este sentido, me pregunto por el potencial que tendría visibilizar estos mensajes subyacentes para las prácticas de enseñanza y los procesos de aprendizaje. “El contenido no es independiente de la forma en la cual es presentado. La forma tiene significados que se agregan al ‘contenido’ transmitido produciéndose una síntesis, un nuevo contenido” (Edwards, 1997, p. 2). Por lo tanto, considerando que la forma es contenido y que la forma es, a su vez, parte de la mediación que realiza un docente entre el contenido y el sujeto que aprende, es interesante reflexionar en torno a cómo potenciar esa mediación que se juega en las expresiones corporales y la gestualidad para que ella misma se vuelva contenido. Aún más, si reiteradas veces se ha hecho alusión a la necesidad de una formación integral en los distintos niveles educativos, ya sea desde las políticas educativas y discursos cotidianos de los actores implicados en las diversas realidades escolares (con toda la complejidad que ello pueda implicar), ¿por qué no considerar la comunicación no verbal en el marco de esa necesidad?

Kendon sostenía, durante el siglo pasado, la relevancia de la comunicación no verbal en las planificaciones que pretendían una formación

integral. Sin menospreciar el código verbal, afirmaba que no es posible prescindir de otros lenguajes que complementan, refuerzan, ilustran o sustituyen lo afirmado verbalmente (Kendon, 1990, citado en Shablico, 2008). Asimismo, podría destacarse aquí la transversalidad e importancia de los lenguajes no verbales en la constitución de los estudiantes como sujetos de derecho y ciudadanos que tanto se remarca desde las políticas educativas y curriculares. Somos seres que no se acaban en lo verbal. La herencia cultural que pretendemos transmitir en tanto educadores, si bien se codifica en gran medida mediante el lenguaje verbal, no se limita a ello. Incluso, considero que el mismo acto de apropiación y reinención al que invitamos a las nuevas generaciones puede jugarse, y se juega, por aquello que no se dice, que se expresa por otras formas además de las palabras.

Podríamos plantear, de esta manera, que la comunicación no verbal, además de ser un medio por el cual se expresan ciertos mensajes, es en sí mismo un mensaje. Es decir, pensar este sistema no solo como un canal por el cual se transmite conocimiento, sino también como parte de ese conocimiento en sí mismo. Entonces, estar atentos a este aspecto de nuestras vidas y, particularmente, de la vida escolar en las aulas, abre la posibilidad de ampliar la mirada para reflexionar en torno a los procesos de enseñanza y aprendizaje.

Del mismo modo, podemos analizar cómo el lenguaje verbal y no verbal en su conjunto se ha constituido como punto de encuentro durante la pandemia. Si bien podemos decir que, durante todo el período en el que se suspendieron las clases presenciales, los intercambios tomaron lugar gracias a los plataformas digitales y virtuales, ha sido, al fin y al cabo, la palabra la que nos permitió seguir acercándonos a pesar de la distancia. En medio de las llamadas, mensajes de texto, *mails*, etc., el lenguaje, los intercambios y la comunicación dieron lugar a la tan famosa *continuidad pedagógica*. Incluso el lenguaje no verbal ha estado presente de alguna manera en los casos en que se concretaban videollamadas o clases virtuales por Zoom, Google Meet u otras plataformas y aplicaciones en donde los gestos y miradas se hacen visibles. Es interesante destacar, entonces, cómo los puentes planteados hasta aquí se han construido durante el contexto de la emergencia sanitaria y distanciamiento social, y son plausibles de continuar siendo reconstruidos al volver a las aulas.

Para seguir reflexionando

Como se mencionó anteriormente, no es que las conversaciones e interacciones orales hayan sido menos importantes antes de la aparición del COVID-19. Tampoco, se trata de que los cuerpos, rostros y miradas no hayan estado presentes en las escuelas antes de la pandemia. No obstante, la nueva normalidad que atravesará las aulas plantea oportunidades para repensar diversos aspectos de la vida escolar. En este marco, ¿por qué no reflexionar en torno a la preponderancia de ciertos lenguajes y modos de comunicación que se sostenían en las instituciones escolares y que sostenemos como sociedad? Me pregunto si los protocolos de seguridad e higiene no nos llevarán, de manera indirecta e inconsciente, quizás, a ir más allá de lo que se escribe, se lee, se dice y se escucha en las clases. ¿Será que nuestros cuerpos, gestos y miradas tomarán (tomaremos) mayor relevancia en nuestros reencuentros? No pretendo plantear que seamos expertos lectores e intérpretes de la corporalidad y gestualidad del otro, sino que, a partir de la inquietud que genera el regreso a clases y las nuevas formas que podrían tomar los procesos de enseñanza y aprendizaje, invito a imaginar otros caminos y alternativas; a (re)andar y/o revisar aquellos senderos que ya fueron recorridos, que recorrimos o venimos recorriendo.

Sin dudas, las exigencias burocráticas que caracterizan la labor docente y los ciclos lectivos escolares plantean y plantearán un ritmo de trabajo agitado tanto para docentes como para estudiantes, más aún en un contexto en el que se generan discusiones sobre cómo desarrollar las currículas de cada año o grado y garantizar los contenidos básicos y fundamentales. En este marco, se darán los reencuentros en las distintas instituciones y, si bien se dan cada año, por ejemplo, al volver de un receso escolar, los próximos regresos a las aulas tendrán un especial significado. La escuela y los sujetos que la conforman no han estado exentos del trauma y tensiones que esta emergencia sanitaria ha generado en toda la sociedad. Es por ello que, además de pensar en cómo cumplir con las planillas escolares y contenidos anuales, importa también reflexionar sobre cómo recibir y alojar a los estudiantes luego de la pandemia, que ha trazado una nueva normalidad dentro y fuera de las escuelas. En este sentido, lo expresado hasta aquí en torno a los puntos de encuentro y el valor del lenguaje verbal y no verbal no

solo apunta a remarcar su importancia en un aspecto didáctico y curricular, sino también social y afectivo. Se supone que estos puntos de encuentro buscan seguir acompañando a los alumnos y sus procesos de escolarización, respetando el distanciamiento sin volvernos indiferentes, sosteniendo y valorando la importancia del (re)encuentro y del acercamiento.

Por último, a modo de cierre provisorio, interesa traer a colación un término que resonó con fuerza en la actual coyuntura: la continuidad pedagógica. Durante el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio dispuesto por el Gobierno nacional, se hizo énfasis sobre la responsabilidad e importancia de los distintos actores y agentes del sistema educativo en cuanto a la organización y garantía de la continuidad pedagógica. Valdría recalcar que, si bien este término toma relevancia en contextos de emergencia, su importancia no debería ser menor al regresar a las escuelas. Es decir, esta no se asegura por el hecho de volver a los establecimientos escolares.

La búsqueda de mecanismos y estrategias que permitan garantizar el aprendizaje y el derecho a la educación en este contexto tan atípico seguramente continuarán aún en el reencuentro y meses posteriores. Es en este marco, donde vuelvo a destacar la relevancia de la comunicación oral y del lenguaje no verbal para recibir y alojar a los estudiantes en la vuelta a las clases presenciales. Lo más probable es que el atípico ciclo lectivo nos haga correr de aquí para allá, pero no podemos hacer como si nada hubiera ocurrido. Las escuelas y los sujetos que la conforman no han estado exentos del trauma y tensiones que esta emergencia sanitaria ha generado en toda la sociedad.

Tanto estudiantes, como docentes, no docentes, directivos, supervisores, etc. hemos sido afectados en distintas medidas por esta pandemia ya sea en la salud, como en lo social y/o económico. Es por ello que, más allá de lo *atrasados* que podamos estar respecto a las planificaciones anuales y contenidos curriculares, no es posible ignorar el COVID-19 y su impacto en el sistema educativo. La presencia de barbijos, máscaras faciales y el distanciamiento en las aulas será un recordatorio de nuestras realidades marcadas por la pandemia. Sin ánimos de plantear un escenario negativo y desalentador, recalco nuevamente esta situación como oportunidad para seguir reflexionando en torno a cómo construir puentes que nos permitan acercarnos en

los reencuentros con los estudiantes; reencuentros que requerirán de paciencia, empatía y trabajo colectivo en pos de garantizar y sostener el derecho a la educación.

Bibliografía consultada

- Barretta, P. (2016). El aula como un entramado social de encuentros comunicativos entre docentes y alumnos [ponencia]. *VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. <https://www.academica.org/000-044/382.pdf>
- Cazden, C. (1991). *El discurso en el aula. El lenguaje de la enseñanza y del aprendizaje*. Ed. Paidós.
- Consejo Federal de Educación. (2020, 27 de julio). Resolución N° 364. *Por la cual se establecen el protocolo marco y lineamientos federales para el retorno a clases presenciales en la educación obligatoria y en los institutos superiores*. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/protocolo_marco_y_lineamientos_federales__o.pdf?fbclid=IwAR31t3nu1l1x8l1o5DQUBB-peOkfqM_T7oAkcGaHgwH29laxgTAqQ88_hpx4k
- Cuadrado, I. & Inmaculada, F. (2008). ¿Son conscientes los profesores de secundaria de los recursos comunicativos verbales y no-verbales que emplean en el aula? *Revista Iberoamericana de Educación*, 46(6).
- Davis, F. (2010). *La comunicación no verbal*. Alianza Editorial.
- Edwards, V. (1993). La relación de los sujetos con el conocimiento. *Revista Colombiana De Educación*, (27). <https://doi.org/10.17227/01203916.5304>
- Jackson, P. (1991). *La vida en las aulas*. Morata.

- Mercer, N. (1997). *La construcción guiada del conocimiento. El habla de profesores y alumnos*. Ed. Paidós.
- Shablico, S. (2012). La comunicación no verbal en el aula, un análisis en la enseñanza disciplinar. *Cuadernos de Investigación Educativa*, 3(18), 99-121. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=4436/443643891005>